

riendo.) Si fueras capitalista, yo no te habría querido. Si fueras un hombre metódico que llevaras tus cuentas por partida doble, créelo, me serías antipático.

FEDERICO, *soltando la risa.*

¡Monísima! Me haces mucha gracia.

AUGUSTA.

Yo soy así: estoy cansada de la regularidad. Me ilusiona el desorden.

FEDERICO, *con viveza.*

¡Ah! Ya te cogí. ¡Contradicción! Si eres como dices, ¿á qué ese empeño de poner orden en mí?

AUGUSTA, *confundida.*

Pues si hay contradicción que la haya. No retiro nada de lo dicho. Ea, hablemos claro. Yo deseo ser, además de tu amante, tu consejera y tu administradora. No quiero que pases tantas agonías. Dame tu confianza; destruye esta muralla que hay entre nosotros.

FEDERICO, *con seriedad.*

Augusta, vida mía, lo que ignoras de mí se revela á tu imaginación soñadora como algo interesante, novelesco, dramático, y no es eso; es de lo más prosaico y vulgar. ¿Y si yo te dijera

que derribando esta muralla de la China perdería quizás tu estimación?

AUGUSTA.

No, no; la pobreza no deshonra á nadie. Comprendo, aunque nunca las he pasado, las humillaciones que trae la falta de dinero; pero eso se remedia fácilmente, querido mío.

FEDERICO.

Yo no merezco el interés que te tomas por mí. ¿Pero no es mejor que dejemos en la sombra y detrás de nosotros toda esa realidad fastidiosa, que al fin, al fin, puede que diera al traste con el amor mismo? Eso que ignoras te seduce porque es misterio. Si dejara de serlo, lo mirarías quizás con repugnancia.

AUGUSTA.

Es cierto que me atrae el misterio, lo desconocido. Lo claro y patente me aburre.

FEDERICO.

Vuelvo á señalarte la contradicción. Si eres así, ¿cómo se te antoja penetrar en mi vida íntima para que yo también te aburra?

AUGUSTA.

No, no es eso... ¿Me dejas explicarme?

FEDERICO.

Sí, estoy encantado oyéndote.

AUGUSTA.

Pues verás. Tú me conoces bien; tengo, no sé si por dicha mía ó por desgracia, una imaginación exaltada. El peligro mismo me atrae, y aun eso que llaman disparate me seduce también. Eso de que siempre han de pasar las cosas con arreglo á pliego de condiciones, como si la vida fuera una continua subasta, me carga.

FEDERICO.

Veo en ti algunas de las ideas de tu padre.

AUGUSTA.

Mi padre tiene mucho talento, y se anticipa á su época.

FEDERICO.

También tú.

AUGUSTA.

Yo apetezco lo extraño, eso que con desprecio llaman novelesco los tontos, juzgando las novelas más sorprendentes que la realidad. ¿Por qué me enamoraste tú, grandísimo tunante? Porque eres una realidad no muy clara, porque no veo tu vida cortada por el patrón de este puritanismo inglés que aborrezco, porque llevas en ti el gustillo ese del disparate, que á mi me sabe tan bien.

FEDERICO.

Y ahora pretendes destruir todo ese encanto que, según dices, tengo, y cortarme á patrón y ponerme la marca ordinaria. Si me amas por absurdo, ¿á qué combates mi desequilibrio, que, según tú, es una cosa tan bonita?

AUGUSTA.

Ven acá, tonto, mamarracho; es que te quiero locamente: á nadie he querido ni quiero sino á ti, y este amor primero y último hace una revolución en mi naturaleza y en toda mi alma. ¿Que desmiento mi carácter? ¿Que me contradigo? Bueno. Deseo hacerte burgués, vulgarizarte. ¿Que destruyo ese encanto, esa poesía, llamémosla así, de tu pobreza disfrazada? Mejor, por eso no dejaré de quererte. Es el gran paso, que yo no he dado hasta ahora en el proceso, ó como quiera que eso se llame, de los afectos; el paso del período soñador al período práctico, del noviazgo al matrimonio; la gran crisis del amor; el tránsito de la época legendaria á la época clásica. ¿Qué tal? Esto se llama erudición. Tontin, ¿no me comprendes? Es que me transformo, es que aspiro á fundir la ilusión con la razón, á hacerte feliz en todos los terrenos, á establecer tu vida junto á la mía en condiciones de estabilidad. ¿No lo entiendes, grandísimo gagnápiro? (*Le da muchos besos.*)

FEDERICO.

Lo entiendo..., en principio lo entiendo. Pero veo que no cuentas con la realidad. Esa aspiración tuya es un sueño. Olvidas que estás ya casada.

AUGUSTA.

Es cierto. Con esa idea me traes á la vida real. Iba yo por los espacios imaginarios, como las brujas que vuelan montadas en una escoba. Pero, en fin, el que no podamos hacer vida normal no estorba para que yo intente mejorar tu existencia y librarte de ciertos suplicios. ¿Te lo digo más claro? Pues guardando las formas y respetando lo que debo respetar, quiero que participes de los bienes materiales que yo disfruto. La desigualdad entre mi bienestar y tu malestar me mortifica. Hay que repetirlo cien veces: es preciso que nos volvamos muy prosaicos, muy caseros. (*Sonriendo.*) Sin duda esto es efecto de la edad. Ya voy siendo vieja.

FEDERICO, *con exaltada pasión.*

¡Vieja tú! Eres la juventud eterna, la gracia infinita y la tentación del mundo entero.

AUGUSTA, *riendo y abandonándose.*

¡Borríco!

Intermedio largo.

ESCENA X

La misma decoración.

Los mismos personajes. FEDERICO, en el gabinete, reclinado en la silla-larga. AUGUSTA, dentro de la alcoba. No se la ve al principio de la escena. Es de noche. La lámpara está encendida.

FEDERICO, *mirando el reloj.*

Yo creí que era más tarde: las siete menos diez.

AUGUSTA, *desde la alcoba.*

¿Qué? ¿Deseas que corra el tiempo? ¿Tienes prisa de que me vaya?

FEDERICO.

Al contrario; cuento los minutos, y si pudiera, pondría por delante los que ya están á la espalda.

AUGUSTA.

Esta noche podré estar hasta las ocho menos cuarto; pero ya sabes que no has de entretenerme cuando llegue la hora de marcharme. Llegando á casa á las ocho, ocho y quince, no hay temor. Resultará que he pasado la tarde en casa de la tía Serafina. Para saber lo que debo decir, he mandado á Felipa á que se entere de lo que ha ocurrido esta tarde allá.

FEDERICO.

¿Y si tu marido ha ido á ver á la enferma?

AUGUSTA.

Casi nunca va.

FEDERICO.

No te fies, no te fies.

AUGUSTA, *apareciendo en la puerta de la alcoba.*

Veo que eres tú más receloso que yo.

FEDERICO.

Pues digo, si pudiera realizarse lo que antes me proponías, todas las precauciones serían inútiles y el disimulo absolutamente imposible.

AUGUSTA.

No es imposible... Monín, déjate guiar por esta loca. (*Acercándose á él.*) Lo dicho, dicho. Acábase el romanticismo, y empiece la época positiva, positivista ó como quieras llamarla. Es menester, amigo de mi alma, que nos pongamos en prosa. Yo pienso mucho en ello, y se me ocurren mil planes.

FEDERICO.

Cuéntamelos. Me gusta oírte divagar con tanto donaire sobre lo imaginario y lo imposible, y admiro en ti la voluntad más independiente que existe en el mundo.

AUGUSTA, *sentándose junto á Federico en una banqueta, y reclinando su cabeza sobre el pecho de él.*

Te contaré una cosa interesante. Esta mañana me dijo el Santo: «Tengo un proyecto para modificar la vida de ese pobre Federico y librarle de la plaga de sus acreedores.»

FEDERICO, *agitado.*

Por Dios, no me hables de eso. No sabes el daño que me causas.

AUGUSTA, *vivamente.*

Considera que si algo hacemos por ti, no es él quien lo hace, sino yo.

FEDERICO.

No puedo considerar tal cosa. Querida mía, si me amas, impide por cuantos medios estén á tu alcance los favores de ese hombre, á quien yo, por mil motivos, debería reverenciar... (*con mucha inquietud*), de un hombre á quien tú y yo ofendemos gravemente. (*Augusta da un suspiro y cierra los ojos.*)

AUGUSTA, *después de una pausa.*

¿Sabes que me dormiría yo aquí tan ricamente? Siento el latido de tu corazón, pum, pum!, y el chiqui-chiqui de tu reloj. Con ambos

arrullos y el sueño que tengo, me quedaría como piedra en un pozo. ¡Ay qué gusto, si el tiempo maldito no me agujonara el pensamiento para mantenerme en vela!

FEDERICO, *para sí, meditabundo.*

Alma ambiciosa de lo desconocido, de lo ile-
gislado, no puedo seguirte en tu vuelo. En ti no
hay idea moral, al menos la idea mía, elemen-
tal y rutinaria, la que á mi me argumenta sin
descanso. Hay entre tú y yo algo inconciliable,
irreductible, y la tremenda muralla se alza
cuando menos lo pienso. La belleza, la gracia
de esta mujer me trastornan. Por ese lazo nos
unimos. De la conciencia de ambos parte lo que
eternamente nos separa. ¿Cómo decirselo sin
ofenderla?

AUGUSTA, *suspira otra vez y levanta la cabeza.*

Habíamos convenido en no hablar nunca de
mi falta, ó lo que sea. Legalmente no tengo dis-
culpa. ¿Pero no habíamos hecho nosotros, en la
embriaguez primera, un código, de estos que
hacen todos los amantes, unas *Tablas* muy mo-
nas, en que derogábamos toda la legislación que
anda por esos mundos?

FEDERICO, *para sí.*

Su valor es tan grande como su pasión. De-
fiende sus faltas como si fueran méritos. ¡Con

qué brio se lanza por ese camino de vértigo y
de sofismas! Mis ideas son claras; pero sin duda
alcanzan poco. Me gustaría deslumbrarme como
ella, y poder seguirla hasta los abismos del dis-
parate, que sin duda están llenos de flores.

AUGUSTA.

Pero no necesitas decirme nada para que yo
respete al hombre cuyo nombre llevo, para que
le profese un cariño fraternal. Él se merece más:
yo le doy lo que puedo. La equidad es letra
muerta en cosas de amor.

FEDERICO, *con sequedad.*

Está bien. Pero no me hables á mi de favores
de ese hombre, porque no puedo admitirlos.

AUGUSTA.

¿Ni míos tampoco los admities?

FEDERICO.

Tampoco.

AUGUSTA.

De modo que la pared vuelve á alzarse, y tú
la haces más fuerte y más gruesa, recordando
que somos pecadores. ¡Qué moral está el tiem-
po, querido mío!

FEDERICO.

Te diré... Si he sacado á relucir la cuestión
moral, no ha sido por petulancia ni por gazmo-

ñería. Me propuse no ocuparme de ella; pero desde el momento en que me hablas de generosidades de tu marido hacia mí y de sus proyectos de favorecerme, la cuestión moral se me impone, y plantea un dilema que tanto tú como yo debemos mirar con la mayor seriedad.

AUGUSTA, *inquieta y malhumorada.*

Ya, ya veo venir el sermoncito. El otro día apuntaste algo..., sí, y ya me esperaba yo hoy un chubasco de moral. ¿Es verdadera virtud, ó simplemente falta de valor?... Bueno, déjame á mí el pecado entero y coge para ti los escrúpulos. No me importa; tengo fuerza para cargar toda la culpa, con tal de verte contento, tranquilo y hecho un varón santo. Tú no me quieres, y por no quererme me das la leccioncita de buena conducta. Yo estoy enamorada, y por eso no podré quizás entenderla. Te contaré todo lo que pasa en mi interior, y luego vengan sermones. *(Se dan las manos.)* Yo siento á veces en mi conciencia tumultos de reprobación, pero en seguida salen, por aquí y por allá, mil ideas que me absuelven. Conforme á la ley, yo no debiera quererte. La religión manda que combata y ahogue este loco amor. Y las fuerzas para combatirlo y ahogarlo, ¿dónde están? Yo no las tengo, ni me parece que las tendré nunca. Es como si al que carece de vigor muscular

le mandan que levante un peso de tantos quintales. Reconozco como nadie el mérito de mi marido, y en cuanto á su bondad, sólo yo, que á su lado vivo, sé bien toda la extensión de ella. Me inspira un cariño acendrado y puro, una gran admiración; pero Dios ha establecido la diferencia entre el amor que debemos á la divinidad, á la perfección moral, y el amor terreno, el que tenemos á nuestro igual, al semejante á nosotros por el pecado y la impureza. Yo reverencio á Tomás, le rezaría, ¿sabes?...; pero te amo á ti. Me casé sin saber lo que es amor, y no lo supe hasta que tú no me lo enseñaste. Todavía no me he convencido de que esto sea una cosa muy mala, rematadamente mala. Qué quieres; soy muy torpe, y quizás de condición perversa. Lo que sí te digo es que cuando me sermonees, no necesitas hacer el panegirico de la persona que conozco mejor que tú y mejor que nadie. Bien sé que no hay otro que se le asemeje, aunque... te diré una cosa que hasta ahora no he querido decirte.

FEDERICO, *para sí.*

¿Qué será ello?

AUGUSTA.

Pues de algún tiempo á esta parte, noto en la bondad de mi marido cierta exaltación de

mal agüero, algo así como... vamos, que la virtud ha llegado á ser en él una manía, un *tic*.

FEDERICO, *irónicamente*.

¡Qué salida! Eso lo dices por rebajarle á tus propios ojos, por disminuir la inmensa diferencia de talla que entre él y nosotros hay.

AUGUSTA.

No; no me juzgues así. Lo digo porque es verdad. Como quiera que sea, la exageración no destruye lo extraordinario, lo excepcional de su bondad. (*Dando un gran suspiro.*) Él es un santo, y yo te quiero á ti. Ahí tienes las dos verdades capitales. No creas que trato de buscar entre ellas una componenda hipócrita. Dejo los hechos como están. Tú eres cobarde, y huyes. Yo soy valiente, y me quedo delante de estas dos verdades mirándolas cara á cara.

FEDERICO, *para sí*.

Me abrumba con su admirable tesón.

AUGUSTA, *después de una pausa*.

No tienes nada que contestarme, ó necesitas pensar mucho tus argumentos. ¡Ay, qué sesudo se me ha vuelto mi borriquito, y qué gran moralizador!

FEDERICO.

Vamos á cuentas, vida mía. ¿No has dicho

que estamos en la gran crisis, que salimos del período soñador para entrar en el práctico? ¿No quieres tú regularizarme?

AUGUSTA.

¡Ah, pillo, y te vengas ahora, proponiéndome á mí la regularidad! ¡Ingrato! Quita allá. (*Le rechaza cariñosamente.*)

FEDERICO.

No, alma mía. Te expongo esta idea, como una mirada al porvenir. Supón tú que, por unas ú otras causas, esto no pudiera continuar sin escándalo. No habría más remedio entonces que sacrificar nuestras relaciones.

AUGUSTA.

Por mí nunca las sacrificaría.

FEDERICO.

No lo digas tan pronto. Eso no se puede afirmar tan de ligero. Yo te quiero demasiado para llevarte al escándalo y á la deshonra. A ti te corresponde, como mujer, la pasión irreflexiva; á mí la serenidad. Si hablo de esto, si suscito la grave cuestión moral, tú has tenido la culpa, hablándome de favores que piensa hacerme tu marido, de protecciones que sólo se dispensan á un hijo, á un hermano. Eso pone la cuestión en el terreno de lo insoluble. Si no le impides que

esos propósitos se manifiesten, te dejo...; no puedo tolerar situación tan degradante, tan vergonzosa. ¿No lo comprendes? ¿Es posible que no lo comprendas?

AUGUSTA, *con exaltación.*

No; debo de ser tonta. Siento rabia de que te empeñes en hacérmelo comprender. Para mí la situación es otra. Tú me perteneces; yo te amo más que á mi vida, y quiero que participes de los bienes materiales que yo poseo. Soy rica. ¿Cómo he de soportar que vivas en la miseria y que te veas sujeto á mil humillaciones? Yo quiero compartir contigo mi bienestar, á la faz del mundo, si es preciso. No me avergüenzo de ello.

FEDERICO.

¿Y pretendes que no me avergüence yo?

AUGUSTA.

¡Debilidad, tonterías! ¡Si otros lo hacen!...

FEDERICO, *exaltándose también.*

Pues si insistes en eso, he de hablarte con claridad, como no lo he hecho nunca. ¡Hace tiempo que yo siento una pena, un sobresalto..., más claro: un remordimiento por el ultraje que inflero al hombre más generoso, más digno que existe en el mundo!... Quisiera que fueses siempre mía; pero las cosas de la vida, ¿van por ven-

tura al compás de nuestros deseos?... ¿Ya no hay ley, ya no hay principio alguno que deba ser respetado? Todo tiene su límite, y yo sería un miserable si no te dijese ahora que intentes, que lo intentes siquiera, consagrar á tu marido todos los afectos de tu corazón. Ya sé que el amor es extravagante. Ya sé que cabe en lo humano, mejor dicho, que es muy humano no amar á un hombre de grandes cualidades y prendarse de un cualquiera. Pues bien: protestando de que me gustas hoy lo mismo que ayer, tengo el valor de incitarte á que me sacrifiques, á que entres en la ley, á que vuelvas los ojos á aquel hombre tan superior á mí..., superior á mí hasta físicamente, para colmo de lo absurdo.

AUGUSTA, *con rabia.*

¡Qué manera tan suavcita de decirme que no me quieres ya! Ningún hombre enamorado sugiere á su querida la idea de volver al deber. Dimelo, háblame claro, porque esa moralidad tuya de última hora es ridícula y hasta poco delicada.

FEDERICO.

No, porque yo, al proponerte con honrada convicción lo que te propongo, estoy dispuesto, si no lo aceptas, á ir contigo hasta donde quieras, menos á la ignominia de recibir beneficios materiales de tu marido.

AUGUSTA.

Está bien. (*Llorando.*)FEDERICO, *con súbito arranque.*

Me revelo á ti con absoluta ingenuidad. Te diré que me creo bastante indigno, y no quiero serlo más.

AUGUSTA.

¡Indigno tú! Recurras al argumento de sensación para apartarme de ti. No, no; tú no eres indigno.

FEDERICO, *amargamente.*

No sabes lo que dices; no me conoces. Por algo te oculto las miserias de mi vida. Si conocieras ciertos oprobios que hay en mí, quizás no tendría yo que hacerte ningún argumento para que me dejaras y volvieras á la ley.

AUGUSTA, *arrojándose á él.*

¡No; dejarte, nunca! Porque si fueras el último de los bandidos, te querría lo mismo que te quiero.

FEDERICO, *con cierto desvarío.*

Yo no te merezco. Regéntrate huyendo de mí, y entregando los tesoros de tu alma al hombre más digno de poseerlos.

AUGUSTA, *con exaltación sublime.*

No me da la gana. Cuéntame tus cosas. Uná-

monos resueltamente en todas las esferas de la vida. Todo lo mío es tuyo.

FEDERICO.

Eso jamás.

AUGUSTA.

Arreglaremos nuestras entrevistas con un misterio tal, con un arte tan soberano, que sólo Dios pueda saberlas.

FEDERICO.

No puede ser. Orozco las descubrirá; ya verás cómo las descubre. Y cuando pienso en esto, la terrible muralla se levanta entre nosotros más fuerte, más alta que nunca.

AUGUSTA, *estrechándole en sus brazos.*

Pues yo la destruyo, yo la hago pedazos, la rompo con mil y mil besos. Y si tú eres un presidiario, yo seré una presidiaria; si tú eres un pillo, yo seré una bribona; seré lo que tú quieras que sea, menos...

FEDERICO, *para sí, confuso.*

Nada puedo contra este corazón monstruoso. Las ideas morales se estrellan en él, como migas de pan arrojadas contra el blindaje de un acorazado...

AUGUSTA.

¿Qué piensas?

FEDERICO, *con pasión.*

Pienso que no hay nada mejor que condenarse contigo. (*Para sí.*) ¡Y qué hermosa la muy...! Toda la legalidad del mundo no vale lo que sus ojos.

AUGUSTA.

¿No me quieres ya?

FEDERICO.

¿Y tú á mí?

AUGUSTA.

¡Borricote!

JORNADA TERCERA

ESCENA PRIMERA

Sala en casa de Federico.

CLAUDIA, BÁRBARA, *la primera con un chiquillo en brazos, la segunda con manto, como si entrara de la calle.*

BÁRBARA.

Cuéntame, mujer. Es particular que todos los lances gordos han de ocurrir siempre en los días que yo estoy fuera.

CLAUDIA.

Pst... chitito... Habla bajo... Federo no duerme, aunque está en la cama. Además, ha venido el papá.

BÁRBARA.

¡El señor!

CLAUDIA.

Anoche entró por esa puerta. La semana pasada, cuando empezamos á ver en el cielo la estrella con rabo, me dijo Pepe: «Alguna desgracia vendrá sobre el universo mundo.» Y ya ves cómo no se equivocó. Pepe tiene mucho talento, y también anunció lo de Clotilde. «Esa niña—me decía—os va á dar un disgusto.»